

Olvido lamentable

Los periódicos madrileños, justamente indignados, cierran de manera enérgica contra el señor Rodríguez Sampedro, culpándole por su ineficaz apatía de ser causante de la pérdida de un buen momento para reformar el ramo de Instrucción pública. Las cantidades votadas para la creación de nuevas escuelas, poseyéndose ya en el Ministerio los expedientes del caso, continúan sin ser empleadas en nada, como demostrando que en España lo mismo se hace con dinero que sin él. Antes, cuando las probabilidades de la concesión eran bastantes insignificantes, se hacían muchos castillos en el aire, refiriéndose lo que se podía adelantar con la apertura anual de 500 centros de enseñanza; pero así que las Cortes autorizaron el empleo de la cantidad necesaria, los ánimos fueron decayendo, las energías comenzaron a agotarse, hasta que todo vino a caer en la indiferencia, para hacernos vez de modo palpable que las promesas necesitan mucho trabajo para encarnar en la realidad y que los ministros conservadores, aún prometiendo con seriedad, no cumplen nada.

Esa farsa seguida por Rodríguez Sampedro, además de perjudicar hondamente a la enseñanza, causa también grandes quebrantos a la nación, que necesita ver como se llevan a cabo cuantos proyectos buenos se imaginan. Hace mucho tiempo que venimos ocupándonos de la necesidad de ampliar el número de escuelas que poseemos, para evitar el bochornoso espectáculo de que hayan algunos poblados sin centros de enseñanza, y nunca, por falta de créditos para ello, se pudo comenzar la obra, a pesar de las ganas que habían; pero la casualidad hizo que cuando menos se pensaba en tal cosa se lograran, y hete al Ministro en el mayor de los compromisos, sin saber que hacer, teniendo en su departamento todos los expedientes imprescindibles para comenzar la obra de progreso y cultura reclamada y sin tener ganas de molestarse en lo más mínimo cumpliendo con sus deberes.

Si no se estuviese viendo, tal proceder parecería inexacto; mas no se puede dudar de su certeza, desgraciadamente. Contra el buen parecer, contra lo lógico, contra lo conveniente y contra lo de sentido común, el señor Rodríguez Sampedro prosigue aferrado testarudamente a su descabellado modo de trabajar por la cultura patria, impidiendo que los buenos deseos de todos se cumplan. En otro país cualquiera y con otro Ministro de Instrucción pública, hace mucho tiempo que los millones concedidos para la ampliación del número de escuelas se habrían utilizado en semejante obra, poniendo los primeros jalones del camino que ha de recorrerse; pero aquí, con los estafemos que nos han tocado en suerte, no, porque tanto sabe el Ministro de cosas de enseñanza como nosotros de decir misa.

La apatía española, permitiendo el encumbramiento de estas nulidades, tiene la culpa de cuanto ocurre, porque si no fuese por ella hace mucho tiempo que se habrían acabado los zánganos, dejando a la nación libre de parásitos. Sólo que aquí somos tan buenazos, somos tan Juan Lanas, que soportamos resignadamente los palos, sonriendo a los desabogados que tuvieron la desamparada de montarse sobre nuestros hombros. El día que, con el conocimiento de nuestros deberes adquiramos también el de nuestra valía, se acabarán los abusos y cada país aguantará su vela. Hasta que no llegue ese día y nos convirtamos en lo que hay que ser, los personajes de guardarrapia abusarán de nosotros.

PLUMAZOS

Simplezas republicanas

Ascárate se va. La vejez, que predispone hacia la tontería, ha estado a perder a nuestro buen don Gumsindo. Ya no es el ilustre republicano lo que fuera antes, ni su sombrero siquiera; y si bien continúa diciendo las mismas simplezas que en sus mejores tiempos se por no perder la costumbre admirable que en España sirvió siempre para distinguir a los republicanos aplastados de los inofensivos. El temible orador se dedica ya a afirmar tonterías y a no demostrarlas. Las acusaciones gratuitas, armas muy apreciadas para los que de ellas hacen uso continuado, fueron siempre para don Gu-

msindo poco menos que innecesarias, atreado como estaba entonces en afirmar rotundamente y al igual que Salmerón la inminencia de la revolución. Ahora, por el contrario, son todo lo apreciables que pueden ser para un hombre que se ha cansado de predecir la revolución y que no se siente con las fuerzas de ánimo suficientes para seguir sosteniendo tales aseveranzas. Ahora le gusta sobremanera usar del arma eminentemente republicana prototipo de la semi-revindicación social... y la usa en los liberales, que son los más merecedores a parecido castigo.

Solemne y majestuoso ha asegurado que los liberales son los culpables de que se aumenten los carlistas con la última campaña anticlerical... Para nuestro buen don Gumsindo está fuera de duda que si los carlistas no sacaron hasta las elecciones pasadas el mismo número de diputados que asistían hoy a las sesiones parlamentarias, fue por no estimarlo necesario. Con la campaña anticlerical hecha por los liberales está claro que dejaron de pensar tal cosa los exasperados... e invadieron el Congreso... La culpa toda es de los liberales, por la maldita imprudencia de perseguir a los poderosos.

Para el insigne republicano no significa nada lo asegurado por los republicanos mil veces y por el mismo don Gumsindo, que España es esencialmente republicana. Según se desprende de sus afirmaciones recientemente, los carlistas tuvieron y tienen fuerzas bastantes para triunfar de republicanos y monárquicos o para nivelarse a ellos al menos. Y si es así, para qué dicen lo contrario y achacan la culpa de ello a los liberales? Si los carlistas hubieran podido llevar a las Cortes desde un principio el número de diputados que llevaron en las últimas elecciones, lo hubieran hecho buena mente siempre, sin esperar a que les desafiase nadie y sin consentirlo. Por el contrario, ni su casi victoria electoral se debe a hábiles manejos mas o menos reprobables, ya hace mucho que tuvieron la misma representación que hoy en el Parlamento, aunque a ello se hubieran opuesto republicanos y liberales juntos.

Pero, ¿qué va a hacer don Gumsindo, si no decir tales cosas para pasar el tiempo agradablemente? Además, ello entra en los deberes de todo buen republicano... y Ascárate lo es de manera incommensurable y parentosa...

NAZARIN.

Campoamor

Este del cabello cano como la piel del armoño, junta su candor de niño a su experiencia de anciano. Cuando se tiene en la mano un libro de tal varón, abaja es cada expresión que, volando del papel, deja en los labios la miel y pica en el corazón.

RUBÉN DARÍO.

COSAS DE LA TIERRA

Una vergüenza más

Conforme pasan los días nos confirmamos más en nuestra opinión de que vivimos en Murcia de milagro. Las autoridades, que debían vigilar por la salud pública, se hacen las indiferentes, entregándose a las dulzuras inefables de la pereza; la higiene, descuidada, brilla por su ausencia; y la población, sin grandes condiciones para la salubridad del vecindario, se ve amenazada de una epidemia que hoy día se hace imposible en otras capitales. Pero vivimos en Murcia, donde todos los absurdos tienen su asiento, y lo improbable se convierte en posible, dándonos idea de lo bien que cada cual cumple con su deber.

Desde hace algún tiempo, a ciencia y paciencia de los más rudimentarios principios de higiene, en el barrio, por junto a Torre-Romo, la epidemia variolosa está haciendo de las suyas, cebándose en varias familias; y a pesar de que el número de atacados es crecido y de que se presenta el mal con caracteres alarmantes, nuestro benditísimo, nuestro excelsísimo Alcalde no ha dado todavía las oportunas órdenes para extinguir el foco infeccioso que existe allí.

En los días que la epidemia domina en aquel caserio, alarmando a los menos pe-

simistas, el repugnante mal ha llevado el luto a tres hogares, que hoy lloran la indiferencia del alcalde en los asuntos higiénicos. Niños y adultos, mujeres y varones sufren injustamente las consecuencias de la apatía municipal, que no repara en nada con tal de no molestarse dando disposiciones. El abandono en que se tiene a la población, centuplicado en aquel sitio, hace que las viruelas no encuentren obstáculo para desarrollarse, invadiendo todas las casas, atacando a todas las personas que no se aíslan y destruyendo poco a poco los organismos, hasta terminar la nefasta obra comenzada por el alcalde con su despreocupación, como ha sucedido ya tres veces seguidas.

Como aquí, con tal de saber firmar al pie de los bandos—aunque se ha dado caso de tener alcaldes que no sabían hacerlo—se creen éstos en condiciones de ocupar holgadamente la presidencia del Municipio, bueno será recordar al Sr. Ruiz Hidalgo que no es esa sola la obligación que impone el cargo. El que no sabe hacer otra cosa, como le ocurre al que padecemos por obra y gracia de Lacierva, comprendiendo hondamente su incapacidad, se retira a su casa, dejando el puesto para otro más apto. Pero continuar en sitios anchos para sus merecimientos, no cesar de cometer despropósitos, ser incansable en lo de obrar torcidamente, eso, por muy conservador que sea el alcalde, resulta inaguantable a la postre, porque una capital no va a estar a merced de esta ó de la otra persona porque así le acomode a un Ministro.

La epidemia variolosa que padecen en el caserio de Torre-Romo, si no hubiesen otros asuntos tan importantes, serviría para desautorizar como alcalde al Sr. Ruiz Hidalgo; pero hay otros y sucede que la desautorización se convierte en descalificación, porque ¿qué se va a esperar de una autoridad municipal que no vela por la salud de la población?

Aunque Lacierva se empeñe en hacer personajes a sus amigos, jamás lo conseguirá, porque hay cosas que no se logran sólo con quererlas; y esta es una de ellas. El Sr. Ruiz Hidalgo, que como particular merece todos nuestros respetos, como alcalde no inspira una desdénosa condescendencia. Si en estos asuntos no se tratara de cosas que afectan a la población, nuestra pluma, incansable en todo lo que redunde en beneficio de Murcia, no se hubiese tomado la molestia de ponerle notas y comentarios a la desdichada gestión del alcalde, porque sabemos que aunque la mona se vista de seda, siempre mona se queda.

D. Jerónimo, que no ha variado nada durante el tiempo que está en la alcaldía, hace un particular muy estimable; pero nada mas. Y como en la alcaldía no hacen falta particulares, sino alcaldes que sepan serlo, el nuestro, que carece de ese requisito indispensable, está sobrando hace tiempo.

¿Conocerá D. Jerónimo la desairada situación en que está? Hay motivos para dudar, porque para ser conservador es preciso demostrar que no se sabe hacer nada.

Exámenes del Instituto

El próximo jueves, 19, darán comienzo en el Instituto los Exámenes extraordinarios de Septiembre.

Empezarán por las asignaturas de los dos últimos años, 5.º y 6.º.

El sábado, 21, habrá exámenes de Ingreso.

Los días 23, 24, 25 y 26, continuarán los exámenes de asignaturas.

Los días 27 y 28 se destinarán a ejercicios del Grado de Bachiller.

El día 30, a las oposiciones a premios.

Información especial

Teorías sobre el mundo

Nisabemos en qué mundo vivimos, ni qué tierra pisamos. El hombre desde los más remotos tiempos ha querido explicar todo y no ha llegado a explicar nada. Las teorías sobre nuestra morada han sido variadísimas; pretendidas unas, absurdas las otras, comentaditas las más.

Muchos siglos han tenido que pasar antes de que el hombre en su inmensurable orgullo se convenciera de que nuestro planeta, no era el único mundo y todavía no quiere dar el brazo a torcer y confesar humildemente que la mayoría de los otros

le superan y pocos son tan insignificantes que lo igualen en pequeñez.

La humanidad ha estado convencidísima de que la bóveda celeste era un inmenso fanal con faroles más ó menos grandes puestos allí especialmente para nosotros para que pudiéramos andar de un lado para otro; buscando nuestro alimento e iluminando nuestro camino, para que no nos diéramos de coscorrones.

En su inmensa vanidad, no cabía otra idea en su cabeza que la de los astros, puestos con deliberada intención para alumbrarnos y recrearnos, rechazando con brusca incredulidad la teoría de otros mundos.

Después de aceptado esto, quisimos tener el privilegio y para conservar el primer puesto nos constituimos en centro haciendo rodar al universo en pleno a nuestro alrededor rindiéndonos pleito homenaje.

Aún, hoy que ya es general la creencia de la pluralidad de los mundos, nos inclinamos a ver en ellos nuevos mundos, si, pero mundos para que los estudiemos y explotemos nosotros, conservando un puesto de preferencia; nada de ir a la zaga.

Las teorías sobre el planeta rey, sobre el mundo de los mundos, sobre nuestra tierra, han sido tan variadas como curiosas.

Las maories de Nueva Zelandia creen que, en principio, cielo y tierra era una sola mezcla de forma esférica. El cielo era el padre y la tierra la madre de los primitivos dioses, que en tinieblas vivían confundidos entre la mezcla de los dos progenitores.

Los divinos hijos pensaron que si conseguían separar el padre de la madre, la luz llegaría hasta ellos, y que de este divorcio obtendrían en la nueva vida lo que Goethe pedía en su última hora. Los hijos trataron, mas en vano, de separarlos, hasta que le llegó el turno a Jane, dios de la fuerza, el cual afianzando las espaldas contra su madre y empujando con los pies a su padre, logró separarlos y la luz brilló ante sus ojos.

El padre, lanzado a las alturas, se cubrió con un manto azul que adornó con preciosas conchas, mientras que la madre tendió sobre su cuerpo una capa con los variados matices del verde.

La bruma que de la tierra se remonta al espacio, es la plegaria eterna de la madre hacia el padre de sus hijos, y la lluvia que riega su seno, el constante llanto del fiel amante dolorido y angustiado en su cruel y forzada separación.

La antigua teoría de los indus, ponía al mundo soportado por el lomo de un incommensurable elefante, el cual se sostenía a su vez sobre el caparazón de una colosal tortuga. Lo que no se sabía era sobre qué reposaba el lento quelonio. El griego Atlas se encontraba en las mismas circunstancias.

Aparte de los sistemas y teorías ya vulgarizados, hay que citar la mantenida en nuestros días por John Hampden, quien sostiene que la tierra no es redonda como se asegura, sino plana como la palma de la mano. Contra los poderosos y lógicos argumentos de sus críticos contesta con otros verdaderamente ingeniosos.

Otra original explicación del planeta Tierra la ha expuesto el moderno teorista yanqui, Ciro Teed, quien, si bien concede la forma esférica, la hace hueca poniendo a los habitantes, no en la superficie exterior, sino en la cáscara interior; y que por consiguiente, miramos hacia el centro de la tierra. Según Teed, a nosotros nos parece lo contrario; pero esto es lo que él explica fácilmente, de la misma manera que la imagen de los objetos la recibimos invertida en nuestra retina y, sin embargo, vemos los objetos tal y como están en realidad.

banquete, medallas, y ramos de flores, por el Inspector pe 1.ª enseñanza D. Ezequiel Casaña.

A las seis y treinta minutos de la tarde, han llegado a esta ciudad. En la estación eran esperados por sus respectivas familias y por un público tan numeroso, que es difícil poder citar sus nombres por la gran extensión que necesitaria.

Los niños fueron descendiendo de los coches, cargados con la cartera de viaje, el juguete de que hacia mención en mi anterior crónica, y el gran ramo de flores con que Murcia les tributó su cariñosa simpatía.

La escena desarrollada en el andén, es fácil adivinarla; pero casi imposible poder transcribirla. Besos, abrazos, "sollozos" de alegría, preguntas y respuestas repetidas, frases de simpatía, por unos, de agradecimiento, otros de alabanzas por todos.

Cambiadas las primeras y espontáneas impresiones, se puso la comitiva en marcha, no sin gran trabajo; pues el gentío inmenso que se apiñaba rodeándola, lo impedía.

Formados los colonos y a su frente llevando la bandera, han recorrido el trayecto que media entre la estación y la Económica, seguidos de un numeroso público, que cruzaba las calles entre otro no menos numeroso que cubría las aceras; que se veía aglomerado en los balcones.

En la Económica eran esperados por la junta de damas protectoras, que los recibieron con gran cariño, volviendo a desarrollarse otra escena parecida a la de la estación.

Formados los niños en el centro del amplio salón, entonaron el hermoso himno de Mozart, que tantas veces han cantado en su corta vida de colonos, entre el follaje verde que los cobijaba en el frondoso pinar de la campiña.

Como despedida, D. Enrique Martínez, pronunció un breve discurso; su voz dulce, sencilla, conmovedora, al dirigirse a esos niños que han sido sus hijos adoptivos una corta temporada y de los que se veía obligado a separarse, les habló de un modo tan sentido de esa forma en que él expresa lo que siente, que los pequeños colonos se arrojaron a su cuello sollozando, al mismo tiempo que abrazaban a Doña Pilar Villegas, que sintiendo al mismo tiempo la separación de esos amados y agradecidos seres, derramaba copioso llanto.

Todas las damas presentes, también lloraban; el cuadro conmovedor que se ofrecía a su vista, era el fruto de la Santa Caridad que han practicado con los niños desvalidos, que los bendecirán eternamente, conservando ese recuerdo en el puro santuario de sus corazones.

Mañana a las doce, llegará la colonia Santa Florentina.

Las damas protectoras, preparan un gran banquete de despedida a ambas colonias.

EDUARDO PÉREZ.

14-Septiembre-1907.

CUENTO

BONAPARTE EN SAN MINIATO

(Conclusion)

Sólo era violento y colérico cuando expresamente lo quería. Ahora no deseaba displacer a su príncipe; al contrario, deseaba agradarle. Y además, no le holgaba conocer la nobleza de su raza, con tal de que no estuviesen presentes sus oficiales jacobinos que pudieran burlárselo ó censurarle. Rogó, pues, al canónigo que tomase asiento.

Este cogió una silla; puso sus registros en la mesa, y dijo:

—Subrino, durante la comida empecé a hablar de los Bonaparte de Florencia; pero comprendí por la mirada que me lanzaste que no era sitio de hablar sobre este asunto. Me callé, pues, reservando lo esencial para este momento. O, ruego, príncipe, que me escuchéis con atención.

La rama toscana de nuestra familia produjo hombres excelentes, entre los cuales merece citarse Jacobo di Bonaparte, que testigo del saqueo de Roma en 1527, escribió un relato de este suceso, y Niccolò, autor de una comedia intitulada la Vedova, que se reputó como la obra de un Terencio. Sin embargo, no es de estos dos ilustres anteceso-